

ACTO PRIMERO

En casa de don JUAN ANTONIO PAZ, en Villanoa del Miño, á fines de Agosto, por la tarde.

Un comedor grande, con muebles claros, y una galería de cristales sobre un jardín, al fondo. Puertas á los lados. El comedor debe dar idea del carácter del dueño: Don JUAN ANTONIO PAZ es hombre rico, sabio y de gustos sencillos.

En uno de los extremos del comedor habrá un pequeño «bureau».

JUAN ANTONIO lee un periódico; se ve que está nervioso. REMEDIOS, algo desazonada también, hace como que tragina en el comedor.

REMEDIOS

Ahora sería el momento, Juan Antonio. Tu hermano Francisco acaba de marcharse al casino... A estas horas no viene nadie de casa de Socorro .. ¿Quieres que llame á la rapaza?

JUAN ANTONIO

Bueno... Es decir, espera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UANL
"ALFONSO..."
1525 MONTEVEY, MÉRIDA

REMEDIOS

¿Para qué?... ¿Tienes miedo todavía?

JUAN ANTONIO

Miedo no, pero escrúpulos, sí... Unos escrúpulos tremendos... ¿Tú qué quieres?

REMEDIOS

Si yo que soy la madre de Isolina lo consiento...

JUAN ANTONIO

Sí, claro... Pero ella, ¿tú crees que ella? Vaya, hablemos francamente: ¿Tú crees que podrá llegar á quererme?

REMEDIOS

Te quiere ya.

JUAN ANTONIO

Una cosa es el tío Juan Antonio, el tío rico que la ha mimado y protegido siempre, y otra cosa es el marido viejo. Tú quieres la boda; ya se ve... Tú misma has fomentado la pasión que ahora siento

por tu hija, ¡pobre de mí!, de un modo irresistible... Y lo has hecho por interés.

REMEDIOS

¿Por interés?

JUAN ANTONIO

Sí, prima Remedios; por un interés muy excusable... Sueñas en ver á tu hija en una posición brillante, rica: la mujer más rica del pueblo... Toda tu vida no has tenido otra preocupación que esa hija.

REMEDIOS

Es verdad. Veinte años tiene... El tiempo que hace que no veo á su padre, que ni se acordará de mí... Al verme abandonada y deshonrada, no encontré más consuelo que esa hija ni más protección que la tuya. Sólo tú, de toda la familia, no me has despreciado. Tú no sabes lo que he sufrido en este pueblo, donde mi hija y yo parecíamos dos leprosas. Todo porque no quise casarme y dar un padre falso á mi Isolina... Se paga caro el tener orgullo y voluntad en estos pueblos...

JUAN ANTONIO

Siempre fuiste templada, prima Remedios. Esa independencia de tu carácter me sedujo siempre.

REMEDIOS

Así pude resistir hasta que tú viniste. Ayer hace tres años que llegaste á Villanoa,—los mismos que llevo yo respirando... Me importa poco que tu hermano Francisco me odie, que tu hermana Socorro apenas se digne mirarme, que tu cuñado Camilo, ese hipocritón, me esté deseando la muerte mientras me sonrfe con su risita de conejo... Yo sé que tú me quieres, y tú eres todo para mí... Figúrate si me gustará que te cases con la rapaza: figúrate si la tendré convencida... Yo no veo tus canas... Arrugas apenas tienes, y no son de viejo, sino de sabio... Mi hija será feliz contigo, será rica, y todos los que la despreciaron vendrán á adularla.

JUAN ANTONIO

¿Tú crees que mi dinero la hará feliz?

REMEDIOS

Tu dinero y tú. ¿No tendrá á orgullo el ser tu mujer?... ¿Cómo pudo soñar?

JUAN ANTONIO

Ella tiene veinte años y yo cincuenta y nueve...;

pon sesenta. Puedo ser su abuelo... Es una locura, Remedios... No, no podrá quererme, no es posible.

REMEDIOS

Quererte ya te quiere... La muchacha es buena y cumplirá su deber.

JUAN ANTONIO

¡Qué tristeza! Tus consejos y los de nuestro pá-rroco serán mis defensores cada vez que ella flaquee en lo que tú llamas deber... Su corazón no le dirá nada; no tendrá una sola voz para mí... Sentimientos inferiores, como el de la vanidad, el del lujo, el de la envidia causada por su riqueza, la acercarán á mí; pero el amor sencillo, sin mancha y sin escoria... ése no podrá ella sentirlo... Sesenta años... Veinte años... Vejez y juventud... No es posible, no... Renuncio.

REMEDIOS

Acercándose á una de las puertas con decisión súbita:

¡Isolina!

Isolina aparece inmediatamente.

ISOLINA

Madre...

REMEDIOS

El tío quiere hablarte...

Casi al oído al mismo tiempo que sale:

Anda... Dile que le quieres...

ISOLINA

Tío, tío... ¿Qué me quería usted?

JUAN ANTONIO

Hija mía... Tu madre no ha hecho bien en llamarte... No me atreveré á decirte nunca...

ISOLINA

¿Por qué?... Todo lo que usted me diga me parecerá bien... Nada me gusta tanto como obedecerle...

Acercándose á él, mimosamente:

Quiero ver al tío bueno y guapiño, muy contento... Al principio era más cariñoso conmigo. El primer año íbamos juntos á la huerta. ¿Se acuerda el día que trepé á un árbol como un rapaz? Me iba á caer y usted me sostuvo con sus brazos...

JUAN ANTONIO

Tomándole la mano.

¡Solinal!...

ISOLINA

¿Y aquel día que nos sorprendió la lluvia en la era y volvimos á casa en el carrito de Perucho Dacosta?... Usted tuvo que cubirme con la esclavina de su impermeable.

JUAN ANTONIO

Tomándole ambas manos.

¡Solinal!...

ISOLINA

Pero el año pasado ya íbamos menos á la huerta... Empezó usted á ocuparse de negocios, como si tuviera poco con sus inventos; á hacer vino, á montar la granja... Ya trabajó bastante en Madrid curando enfermos y estando á punto tantas veces de morir para curarlos mejor... Y este año no hemos ido á la huerta ni una sola vez; ya parece que olvidó el tío Juan Antonio á la sobrina... ¿Le doy miedo? ... ¿Es que no soy la misma de antes?

JUAN ANTONIO

Balbuciente.

Has dejado de ser una niña... En tres años te has hecho una mujer.

ISOLINA

Coqueta.

Yo no lo noto; yo me veo la misma en el espejo... Pero ya me dijo igual hace un mes, en las fiestas, cuando estrené el traje que me encargó usted á Madrid... Y he pensado mucho... ¿Ya no me quiere? Ojalá no hubiera dejado de ser nunca la rapaza que iba á la huerta y trepaba á los árboles, y así...

JUAN ANTONIO

Isolina, hija mía... me enloqueces... Vete... Mujer... Te adoro, te quiero. Es una vergüenza...

La ha abrazado, y quiere besarla, pero ella, hábil, sin violencia, se lo impide.

Sea lo que Dios quiera... Es más fuerte que yo... ¿Quieres casarte conmigo?... ¿Quieres casarte con un viejo?

ISOLINA

Viejo, dice... No lo cambiaba por el más galán de la provincia... Viejo dice, y es un santo para mí.

JUAN ANTONIO

Yendo hacia ella tembloroso.

Entonces, ¿quieres?

ISOLINA

Al mismo tiempo que hace con la cabeza signos afirmativos, se echa á llorar y va corriendo hacia la puerta á llamar á su madre.

¡Madre!... ¡Madre!

En la puerta tropieza con FRANCISCO, que entra.

¡Ah!...

FRANCISCO

¡Si estorbamos, nos vamos!, como dijo el otro.

JUAN ANTONIO

¡Ah! ¿Eres tú?

FRANCISCO

Ya lo ves, hermano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO
1625 MONTERREY, MEXICO

JUAN ANTONIO

Turbado aún.

¿Buen tiempo?

FRANCISCO

Fuera, sí.

JUAN ANTONIO

Dentro, por lo visto...

FRANCISCO

Corren aires de fronda, sí, señor. Remedios sopla como el huracán; á la bella Isolina la acabo de ver estremécida como una palmera... Y tú mismo, roble patriarcal, tiembles en este instante...

JUAN ANTONIO

¿Y todas esas metáforas, significan?...

FRANCISCO

Que acabas de proceder como un chiquillo.

JUAN ANTONIO

¿Escuchabas detrás de la puerta?...

FRANCISCO

No; hace cerca de dos años que observo, que hago conjeturas y suposiciones. Hoy se ha jugado, ¿verdad?

JUAN ANTONIO

Habla claro.

FRANCISCO

¿Hoy ha hecho crisis tu dolencia amorosa?

JUAN ANTONIO

Sí; Isolina y yo acabamos de decir que nos casamos.

FRANCISCO

Está muy bien. Tú mandas; eres dueño y señor de tus actos.

JUAN ANTONIO

Ya me figuro lo que vas á decirme... Y lo peor es que estamos de acuerdo.

FRANCISCO

¿Entonces?...

JUAN ANTONIO

El mismo tiempo que llevas tú observando, llevo yo resistiendo á esta pasión senil. Todas las reflexiones que tú, Socorro y Camilo, podais hacerme, me las he hecho yo mismo durante largos meses... Me pasa una cosa muy triste y muy sencilla: estoy enamorado. Es un amor tardío y presumo que no dará sino frutos de dolor.. ¿Qué importa! Me encuentro ridículo, sensual... Parece que soy todavía un hombre, lo que se dice un hombre... ¿Comprendes? Estoy sano, fuerte; mi afección cardíaca, que no era sino exceso de trabajo y acaso melancolía de la vida solitaria, ha desaparecido. Ves.. Mírame... ¿Me encuentras tan viejo?

FRANCISCO

No, no... Pero ella tiene veinte años.

JUAN ANTONIO

¿Y tú crees?...

FRANCISCO

Que hay cosas que no casan, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

Es verdad.

FRANCISCO

¿Por qué no viajas? Cuando yo volví la primera vez de América, estuve sucesivamente enamorado de todas las muchachas del pueblo. En cuanto frecuentaba una casa, ya se sabía... No hay como ver una mujer á todas horas, para creer que se tiene por ella una de esas pasiones... La fuerza de la costumbre. . Eso se cura con el cambio: á las tres horas de tren ya empieza á desdibujarse nuestra Dulcinea. Y si se cruza el charco se esfuma por completo.

JUAN ANTONIO

Todo eso es ingenioso y hasta posible; pero se dan casos .. Yo te digo que no puedo resistir más... ¿Quieres que viaje? Iré á Inglaterra y me moriré solo en un hotel, de tedio y de tristeza... Ya estaba yo hecho á esta nueva vida, á este reposo tan bien ganado.

FRANCISCO

Bueno, pues no viajes. Pero caramba, tú que eres tan buen médico, ¿no podrías curarte de esta... erupción? A la vejez viruelas... Yo no querría decirte ciertas cosas, pero, ¿á qué mentir? Toda la culpa es de Remedios.

JUAN ANTONIO

No seas injusto. Vosotros no la queréis bien.

FRANCISCO

Nosotros, los del pueblo, la hemos visto toda la vida y la conocemos mejor que tú. Remedios es una mujer fría y calculadora. Después de su mal paso, no ha dado ningún otro que no fuera en firme.

JUAN ANTONIO

Eso se llama talento.

FRANCISCO

Gramática parda ó cazurrería le llamo yo. Y esa boda, que parece inminente, de su hija contigo, es el resultado de su política de aldea. Ella te puso la muchacha hasta en la sopa; te la trajo poco después de los quince, te la vistió con la ropa de los domingos, y... si tú hubieras querido te la habría desvestido también.

JUAN ANTONIO

¡Francisco! No digas indignidades.

FRANCISCO

Perdona. Ello es que te tragaste el anzuelo. Yo bien veía los manejos de Remedios; pero, vamos, esperaba de tu sensatez...

JUAN ANTONIO

Hombre...

FRANCISCO

Socorro ya te dijo algo; yo no te digo que nuestra hermana carezca de motivos para alarmarse con más razón que yo. Esperaba que sus hijos... tus sobrinos...

JUAN ANTONIO

Fuesen mis herederos, ya...

FRANCISCO

Eso es. Después de todo era una esperanza bien natural. Pero bueno, á lo que voy: si Socorro puede tener algún móvil interesado para ver con malos ojos tu matrimonio á estas alturas, yo, que no tengo hijos...—porque esos que me achacan ve tú á saber...—, yo, que si es verdad que no tengo oficio ni beneficio, lo es también que soy frugal como Don Quijote, ¿á qué iba á ponerme ahora con maquiavelismos de baja especie?... Por nada del mundo... Yo no he querido hablar hasta que he visto la postura sobre el tapete... Te habla un jugador... Juan Antonio, retira la postura, que aún es hora.

JUAN ANTONIO

Hablemos francamente. Pongamos á un lado el amor. Yó no puedo inspirar á Isolina sino respeto, todo lo más. ¿Tu crees ..—es difícil de decir—; tu crees que se conformará á la vida... amorosa que yo puedo darle?

FRANCISCO

No te comprendo bien.

JUAN ANTONIO

¿Es una mujer coqueta?

FRANCISCO

Yo creo que no.

JUAN ANTONIO

¿Soñadora?

FRANCISCO

Acaso, acaso.

JUAN ANTONIO

He pensado mucho en esto, no creas... He estudiado á Isolina como médico, como psicólogo, y he hecho mi composición de lugar.

FRANCISCO

A ver.

JUAN ANTONIO

Tiene un temperamento sanguíneo, sano, fuerte; no se observa nada morboso en ella; apenas ha leído; es creyente; es púdica sin gazmoñería; está constituida para la fidelidad; el ambiente en que vive no es propicio al pecado...

FRANCISCO

Entonces... á casarse tocan. ¿Qué voy á decirte yo, aventurero desventurado, especie de judío errante de la familia, que enmienda la hermosa plana que acabas de escribir? Tú eres el sabio y el discreto; tú viviste célibe en Madrid treinta y dos años haciendo con la medicina más prodigios que Esculapio, y ganando dinero, lo que se dice dinero, mientras yo en Cuba ó en Filipinas apanaba unos pobres pesos que luego me jugaba en el vapor al volver á España. Ello es que cuando llegaste aquí y te cortaste la coleta—perdóname la expresión, ¡ese casino!—tuve la alegría más grande de mi vida..

JUAN ANTONIO

Lo sé, hombre, lo sé...

FRANCISCO

Tus proyectos de vida horaciana encontraron en mí un convencido. Construimos esta casa, cultivamos esos campos, fundamos esa granja, que es el orgullo de la región, y de aquellas uvas que daban un vino agrio é inconsistente, hemós hecho ese néctar... Tú, además, leías, hacías experimentos y redactabas comunicaciones á la Academia de Medicina que levantaban en Madrid tempestades que nunca llegaban á turbar nuestra vida tranquila... Yo, regenerado, sólo jugaba mi partidita de tresillo en el Casino, ganando siempre... Todo iba viento en popa; y tú y yo, los solterones como nos llaman en el pueblo, nos decíamos á veces: "¡Eh! tú, que somos felices... ¡que nos ha caído del cielo una tercera juventud!"

Enjugándose una lágrima repentina.

Y ahora llega el amor... ¡Tarde y con daño!

JUAN ANTONIO

Conmovido.

¡Francisco!

FRANCISCO

Abrazándolo.

Trata de resistir, hermano... Huye... Pero pase lo que pase yo seré el mismo y estaré siempre á tu

lado para quererte, para defenderte... Calla... Alguien viene.

Va á la puerta y desde ella, ya repuesto de la emoción, dice:

Prepárate: es Socorro y sus hijos... ¡y Camilo!... Dios nos coja confesados.

Entran en actitud hostil, que no logran disimular, Socorro, Camilo y sus dos hijos.

CAMILO

Buenas tardes.

JUAN ANTONIO

Muy buenas, Camilo... Hola.

SOCORRO

Venimos un momento nada más...

FRANCISCO

Sentaos... ¿Cómo os habéis atrevido con este calor?...

SOCORRO

Tú qué quieres; Pedro se vuelve mañana á Ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE 6605 MONTERREY, MEXICO

drid. Ya sabéis que prepara algunas asignaturas para Septiembre.

CAMILO

Y ahora lleva uno de los huesos de la carrera: el Derecho Canónico.

PEDRO

Estoy seguro de que aprobaré.

CAMILITA

Es que Pedro tiene una memoria prodigiosa... Yo le he tomado todo el programa; y entre los dos lo hemos iluminado.

PEDRO

Parece un hormiguero. Si me lo coge el catedrático, me cuelga.

SOCORRO

¡Niños!...

CAMILO

¿Por qué no os vais á la huerta?...

PEDRO

¿Está allí Isolina?... Sí, vamos.

CAMILITA

Yo prefiero quedarme aquí, con el tío.

JUAN ANTONIO

Quédate, tonta... ¿Quién te lo impide?... Ven acá, que no te he dado un beso, mujer.

CAMILITA, muy coquetuela, acerca su frente á los labios del tío, y después de consultar á su madre con la mirada, pregunta de pronto:

CAMILITA

¿Es verdad, tío Juan Antonio, que vas á casarte con Isolina?

PEDRO

Ruboroso, brusco.

¡Qué ha de ser verdad!... ¿Verdad que no, tío Juan Antonio?

SOCORRO

¡Qué niños más indiscretos, señor!

FRANCISCO

O más bien preparaditos...

CAMILO

Diplomático.

Vamos... Idos al jardín... En seguida.

PEDRO sale de prisa, y CAMILITA lo sigue á regañadientes. Hay una pequeña pausa embarazosa. SOCORRO va á hablar, pero CAMILO la detiene con un gesto prudente; y JUAN ANTONIO dice al fin:

JUAN ANTONIO

La verdad sale de la boca de los niños... Ya lo sabéis.

SOCORRO

Estallando.

Pero no es posible... Es una locura.

CAMILO

Calma, mujer.

SOCORRO

A tu edad, Juan Antonio, te repito que es una locura... Y con una muchacha que no es trigo limpio.

JUAN ANTONIO

Alto ahí. Dices que no es trigo limpio porque no tiene padre ante la ley... No. La limpieza de las personas está más bien en su conducta que en su origen, en lo que depende de ellas y no en la fatalidad que las trajo al mundo. ¿Es ó no es Isolina una muchacha honrada?

SOCORRO

Así parece.

JUAN ANTONIO

Es público y notorio. Ni un noviazgo inocente se le ha conocido.

SOCORRO

No era posible. Te la reservaban... Pero veremos lo que da de sí la niña.

CAMILO

Perdona. mujer... No es eso lo que tienes que decir... No venimos á regañar.

FRANCISCO

Sino á pactar, á transigir... Camilo, buen abogado, prefiere siempre una transacción...

SOCORRO

Calla tú, taravilla... Siempre has de salir por peteneras.

CAMILO

Con risita hipócrita:

¡Este Franciscol... Escucha, Juan Antonio: Sería necio que yo te ocultara que Socorro y yo esperábamos que, á falta de hijos tuyos, fueran los nuestros, los de tus hermanos, tus continuadores...

FRANCISCO

No está mal el eufemismo.

CAMILO

Había en nosotros un interés muy lógico y perfectamente moral. Somos padres y queremos la fortuna para nuestros hijos, por cualquier camino, legal se entiende, por donde pueda venir...

FRANCISCO

Bien, bien...

CAMILO

Tú te casas, bueno... Todavía puedes tener hijos. Aunque no los tengas te casarás, como si lo viera, bajo el régimen de gananciales y además de su legítima viudal, le dejarás á tu mujer el tercio libre... De cualquier modo tu boda es un perjuicio inmenso para nuestros hijos... Pero tú tienes derecho, y puedes, claro está, ejercerlo en el sentido que te parezca... Pongamos que yo no soy padre de presuntos herederos tuyos; pongamos que tú no tuvieras un real, y yo vengo y te digo: Juan Antonio, no te cases; Juan Antonio, de los matrimonios desiguales, con abismos de edad entre los cónyuges, no sale nada bueno.

FRANCISCO

Ni Cicerón... No, en serio, Camilo, yo opino exac-

tamente lo mismo y acabo de decírselo á Juan Antonio.

CAMILO

Ya ves que todos los que te queremos estamos de acuerdo... Nos da miedo, no sólo el ridículo, sino el riesgo que corres con ese matrimonio...

SOCORRO

Y suponiendo que yo piense en tu fortuna, que no lo hago, ¿no soy después de todo tu hermana? A ver si lo ves claro: ¿Qué otra cosa sino el interés, el más desenfrenado interés, hace que Remedios te entregue á su hija?... ¿No te da vergüenza?... Tú no te casas con una mujer, sino que la compras...

JUAN ANTONIO

Socorro... Me destrozas... me matas.

FRANCISCO

Reconviniéndola:

¡Socorro!

SOCORRO

Lo siento... Créeme que lo siento. Te he dicho

la verdad como era mi deber, y me callo. Allá tú... Pero no olvides que vinimos á tiempo en tu ayuda.

JUAN ANTONIO

Está bien.

FRANCISCO

Vamos, Juan Antonio; no hay que afectarse... Socorro te ha hablado un poco bruscamente, ya conoces su genio; pero...

CAMILO

Con la mejor intención; sin ánimo de herirte...

SOCORRO

Es claro, es claro.

JUAN ANTONIO

Tenéis razón... Cuanto acabáis de decirme me lo digo yo hace mucho tiempo... No creáis que me he vuelto loco... Además, os prevengo una cosa.

SOCORRO

¿Qué?...

JUAN ANTONIO

Que yo había pensado en vosotros... Que —no sabéis cómo me duele hablar de estas cosas—, que yo no pensaba, que yo no quería perjudicaros con mi matrimonio. ¿Comprendéis?

FRANCISCO

Sí, sí.

SOCORRO

A medias.

JUAN ANTONIO

Más claro: Que no queriendo que este matrimonio suscitara rencillas y disturbios familiares, había redactado un testamento en el cual no me olvidaba de ninguno.

SOCORRO

No es eso, no es eso.

CAMILO

Déjalo acabar.

JUAN ANTONIO

Sí, es eso, Socorro... Y *eso* no es incompatible

con el cariño. Por lo mismo que soy un poco escéptico puedo tener esta idea tan benévola del corazón humano. Concretando: Yo no quería que vosotros, mis continuadores...

FRANCISCO

Ya, ya...

JUAN ANTONIO

...Tú mismo, Francisco.

FRANCISCO

¿Yo?... ¿A mí con esas cosas? ¿Yo interesado?

JUAN ANTONIO

Tú, sí; y Socorro, y los hijos de Socorro y Camilo.

CAMILO

¡Ah!...

JUAN ANTONIO

Yo no quería que vosotros considerárais á Isolina como una usurpadora. De ese modo seguiría reinando la paz en la familia...

FRANCISCO

Eso, y perdona, mi querido Juan Antonio, es ofendernos... Ofenderme por lo menos.

SOCORRO

No, ofendernos.

CAMILO

Ofendernos, sí...

FRANCISCO

Eso es ofendernos, repito... ¿Crees que una promesa de legado nos cierra la boca?...

CAMILO

Si fuera por interés tampoco un legado nos aplacaría, puesto que una gran parte de tu fortuna pasará á tu esposa...

SOCORRO

Está claro.

FRANCISCO

Yo no entro en esos distingos. Lo que digo, lo

que proclamo, querido Juan Antonio, es esta sola cosa concreta: que la joven que se casa con un viejo no se casa por amor, sino por interés. Esto será todo lo cruel que tú quieras, pero es transparente... Y perdóname, me voy á respirar al jardín. El corazón me da unos saltos...

Va á salir.

JUAN ANTONIO

No; quédate... Quiero deciros una cosa.

FRANCISCO

Está bien Tu sabes lo que te dije antes

JUAN ANTONIO

Hay una cosa que todos aprobaríais ó que todos fingiríais no ver. La misma que yo, porque todo mi ser y mis principios me lo impiden, soy incapaz de realizar. Yo podría hacer de Isolina ó de otra muchacha honrada y pobre como Isolina, mi... entretenida.

SOCORRO

¿Quién ha dicho?...

32817

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

JUAN ANTONIO

Sí, es la ley; es la costumbre al menos. Que un viejo tenga más ó menos líos, que vaya, como una mariposa caduca de flor en flor, eso no os importa, os hace gracia. El viejo rico puede comprar amores y vulnerar ciertos artículos del Código sin que se le pida más que discreción... El viejo rico puede arrastrar su lascivia por todas partes, sin que la sociedad se estremezca. Pero lo que no puede hacer es casarse: entonces es ridículo. No se concibe que el corazón se haya conservado joven en el pecho de un viejo; no se concibe que á los cincuenta y cinco, á los sesenta, á los setenta años si queréis, se pueda amar... Y yo os digo que sí; yo os digo que nunca amé hasta ahora. Mi vida fué un continuo trabajar, un estudiar incesante; no tuve tiempo ni ocasión de enamorarme. Y al llegar aquí enriquecido, sentí un vacío inmenso: me faltaba la embriaguez, el vértigo del trabajo, y esos sentimientos que no habían podido arraigar en mí, encontraron el momento propicio... y se prendieron aquí, de un modo hondo, cruel... Tarde pagaba yo mi tributo al amor, pero lo pagaba... Y el corazón, ¡con qué ansia alimentaba los sentimientos eternos! Tú puedes ser feliz, me decía...

CAMILO

No puede ni debe escucharse siempre el corazón.

JUAN ANTONIO

El corazón domina siempre, Camilo, y ¡ay de aquéllos en quienes sólo la cabeza, como una reina fría y seca, lo dirige todo! Yo obedecí á mi corazón y amé y quise como deben de querer los jóvenes. ¡Pobre de mí! ¿verdad? ¡Pobre doctor Fausto de guardarropía! Si me hubieran dicho cuando era médico famoso, inventor alabado y condecorado á cada paso, que la voluptuosidad más grande de mi vida me esperaba aquí, en mi pueblo, y que iba á proporcionármela una chiquilla insignificante que hablaba casi en dialecto y olía á hierbas del campo, me habría reído.

Exaltándose.

Y ha sido así... Si he sido feliz alguna vez, lo he sido ahora, en todo este tiempo de pasión escondida. de escrúpulos dolorosos, de emociones pueriles y sublimes, de vehemencias y fogosidades de muchacho... Reíos de mí. Esta casa la construí pensando en ella, y esos campos los cultivé y los hice un paraíso porque eran los campos que veían sus ojos... Pasión senil... Sí, verdad... Os obedezco... Os doy la razón. Francisco: tu me acompañarás á Madrid; el doctor Paz puede reanudar cuando quiera sus consultas; tú, Camilo, pondrás en venta la casa, los campos, todo, todo... Y en cuanto á Remedios y á ella...

Desfallecido por el esfuerzo, cae en el sillón sollozando:

¡No puedo más!... ¡No puedo más, Dios mío!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MONTANER"
No. 1263 MONTANER, MEX.

FRANCISCO

Acercándose á él, muy conmovido.

Vamos, Juan Antonio... ¡Qué caramba! Yo no creía que fuera tan hondo... No he dicho nada...

REMEDIOS ha aparecido en la puerta de la izquierda. Hay un momento de silencio difícil después que FRANCISCO dice las anteriores palabras. Al fin, á media voz, SOCORRO dice, dirigiéndose á REMEDIOS y mostrándole la figura abatida del doctor PAZ:

SOCORRO

Es tu obra.

REMEDIOS

La vuestra si te parece. Yo ningún mal le he hecho al primo. Que él lo diga. ¿Verdad, Juan Antonio?

El Doctor aprueba con gestos deamayados.

FRANCISCO

Calláos las dos, no es hora de dirimir pleitos.

SOCORRO

Es que no siempre hay ocasión de hacer comprender á Remedios lo mal que ha hecho instalándose aquí con su hija, explotando la debilidad y la despreocupación de mi hermano...

Ante el gesto de REMEDIOS:

Sí, es mi hermano... Lo defiendo.

FRANCISCO

¡También es mi hermano, y digo que calléis!

CAMILO

Calla, mujer.

REMEDIOS

Ahora no lo defiendes, sino que lo matas. Puedes insultarme, me es lo mismo... Te conozco de viejo y no te hago caso. Yo he sido para Juan Antonio más hermana que tú.

SOCORRO

Y ahora querías ser su suegra.